

¿Independencia o afiliación?

Felices días tío Sergio de Magali García Ramis: una batalla literaria contra el olvido

María Fernanda Díaz Basteris*

El ser seres históricos me era inconcebible

Magali García Ramis

Recepción: 4 de octubre de 2012

Aceptación: 11 de diciembre de 2012

* Universidad de Cincinnati, Cincinnati, Ohio, Estados Unidos de América.

Correo electrónico: diazbama@mail.uc.edu

Se agradecen los comentarios de los árbitros de la revista.

Resumen. Se explora la relación entre la identidad cultural y el sentimiento de pertenencia de los puertorriqueños en la novela *Felices días tío Sergio* (1986) de Magali García Ramis. El texto plantea que el conflicto transitivo entre colonia y Estado Libre Asociado de la isla de Puerto Rico afecta de manera compleja las estructuras más sensibles y profundas de una familia. Se analiza la lucha de ideologías en el texto: conservadores/independentistas, las diferencias entre viejas (el pasado) y nuevas generaciones (presente y futuro). En esta novela el conflicto social entre mantener la ciudadanía, como estatus político, y la identidad, como permanencia cultural refleja interesantes situaciones históricas dignas de un análisis literario

Palabras clave: identidad, ciudadanía, historia, Puerto Rico.

Independence or Affiliation? *Felices Días Tío Sergio* by Magali García Ramis: a Literary Struggle Against Forgetfulness.

Abstract. We explore in Magali García Ramis's novel *Felices días tío Sergio* the relation between the cultural identity and the feeling of belonging of the Puerto Ricans. The text claims the transitive conflict between colony and Associated Free State (Estado Libre Asociado) of Puerto Rico that affects in a complex way the most sensitive and deep structures of a family. Here we analyze the struggle of different ideologies: conservative/independence, the differences between old (the past) and new generations (present and future). This novel presents a conflict between keeping citizenship as a political status and at the same time the identity, as a cultural belonging, it reflects interesting historical situations worthy of a literary analysis.

Key words: identity, citizenship, history, Puerto Rico.

Introducción

Felices días tío Sergio (1986) de Magali García Ramis es una novela narrada en primera persona a través de la voz de Lidia, quien narra la transición política del país de Puerto Rico a Estado Libre Asociado de Estados Unidos de América. La trama de la novela es presentada desde el punto de vista de una joven para quien los procesos históricos son paralelos a

la historia de su crianza desde su niñez hasta su adolescencia. Tanto en la vida de Lidia como en la historia de Puerto Rico diferentes modelos políticos, económicos e ideológicos mantienen una disputa continua entre identidades opuestas mas no excluyentes.

Tras la lectura de esta obra, podemos abrir un espacio en este ensayo para la discusión de ciertos conceptos que muchas veces damos por sentados:

la identidad y la cultura, la historia nacional, la ciudadanía y la vida familiar. Es así como surgen las siguientes preguntas: ¿Qué tanto sabemos de nosotros mismos como parte de una nación? ¿Podemos ubicarnos como seres históricos en un punto de la historia de nuestros países? ¿Qué relación existe entre nuestra historia familiar y las situaciones sociopolíticas que vive nuestro país?

Desde el momento de su publicación en 1986 *Felices días tío Sergio* generó un diálogo académico desde diferentes aristas: es un texto que se presta para un análisis desde la corriente de los estudios culturales; su campo de investigación es multidisciplinario, ya que su eje central son los problemas a nivel discursivo y de creación de significado en la cultura de Puerto Rico; se trata también de un trabajo casi de carácter etnográfico por la detenida observación de la protagonista y su minucioso recuento de la situación política de la isla en torno al siglo xx. Lo más interesante es que esta narración proviene de la memoria de una chica. El texto toma un carácter instructivo que critica y sistematiza la interacción familiar de dos generaciones proponiendo una jerarquía de valores dentro de la moderna familia puertorriqueña. De igual manera, la novela permite al lector reflexionar desde una posición bastante flexible o neutral sobre la relación entre las categorías de identidad, cultura y nación.

Felices días tío Sergio explora el devenir de una familia de clase media puertorriqueña que vive la influencia del modelo estadounidense impuesto en la isla durante los años cincuenta. El orden, el progreso y la política son tópicos recurrentes de Lidia. De igual modo, sus reflexiones se intensifican cuando describe la complicada relación entre el contexto sociopolítico de una nación apoyada en el legado español de la conquista: el catolicismo, la diferenciación de razas, el honor y los valores sociales y la imposición de un modelo capitalista estadounidense de mediados del siglo xx. Sin embargo, la vida privada de los habitantes del texto proviene de la cultura puertorriqueña, la comida, la música y los roles de género. La obra de García Ramis es una estampa invaluable de la percepción de la historia nacional puertorriqueña desde los ojos

de quienes no hacen historia: los integrantes marginales de la sociedad —el tío homosexual— y los más jóvenes de la familia —los niños— quienes viven la historia, la cuestionan, la transgreden y más que nada la sufren.

1. El Puerto Rico de los días felices: la historia de la isla y la familia

Durante el siglo xix, la isla de Puerto Rico pertenecía al reino de España y fue tras la invasión militar estadounidense de 1898 cuando se estableció un gobierno civil de ese país en la isla. Se decidió que el gobernador de la isla fuera elegido por el presidente de los Estados Unidos de América. A partir de 1917 los habitantes de Puerto Rico adquirieron la ciudadanía estadounidense; sin embargo, la isla no era un estado incorporado a la nación estadounidense. Puerto Rico obtuvo el derecho a una constitución que gobernara sus asuntos internos dejando al Estado sujeto a los poderes del Congreso estadounidense; por lo tanto el poder de ejercer su soberanía recaía, como hasta la fecha, en el gobierno de EUA. Comenzó desde ahí una situación compleja de asimilar, enredada y un tanto desconocida, incluso por cierto número de habitantes de la isla (entre ellos los niños de la familia Solís). La población puertorriqueña percibe la invasión estadounidense como un hecho perenne. Poco a poco se oficializa desde todos los ámbitos y esto da pie a nuevos y diferentes conflictos, como los que plantean el tío Sergio, Lidia y los demás niños de la familia.

Volviendo a la historia, el punto de vista de quienes habitaban la colonia de Puerto Rico era distinto al del gobierno estadounidense y, en respuesta a esto, en 1922 se funda el Partido Nacionalista Puertorriqueño (PNP) que buscaba nacionalizar el gobierno y romper la dependencia con la metrópoli estadou-

nidense. Tras años de lucha, el partido radicalizó su método para lograr la independencia puertorriqueña, lo cual mermó entre varios de sus afiliados y decayó como una propuesta legítima de independencia. De acuerdo con Manuel Maldonado, en 1935 se instaló en la isla la dinámica del “Puerto Rico Reconstruction Administration” (PRRA), que postulaba como principal tarea fomentar el crecimiento económico a partir de la empresa gubernamental y de la inversión extranjera; a la par iba la promoción del empleo para que así aumentara la demanda de bienes y servicios en la isla y, por supuesto, esto arrojaría la creación de un mercado de consumo (Maldonado, 1987: 170). Desde la perspectiva capitalista de la potencia del norte, la isla era una colonia y se necesitaba mejorarla, salvarla de su autodestrucción.

Como consecuencia, la desconfianza e incomodidad de la situación sociopolítica aumentó considerablemente y en 1946 se fundó el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) que tenía el propósito explícito de “laborar pacíficamente por la constitución del pueblo de Puerto Rico en una república independiente, soberana y democrática” (Maldonado, 1987: 181). Es así como la lucha independentista puertorriqueña queda fragmentada entre la tendencia nacionalista y la independentista. Posteriormente, en 1948, el líder del Partido Popular Democrático, Luis Muñoz Marín —personaje nombrado consecutivamente en la novela de García Ramis— ejecutó un proyecto que le concedía a los puertorriqueños mayor autonomía política sobre asuntos locales a cambio de una fuerte dependencia económica respecto a EUA. De esta manera se pretendía estimular la economía local. Para completar el desarrollo de esta línea política, en 1952, el congreso de los Estados Unidos, con el apoyo del nuevo Partido Popular Demócrata,



declaró un nuevo estatus político para la isla: el Estado Libre Asociado (ELA). Este suceso se celebró como una entrada a la modernidad y al progreso, situando a la isla en el imperio.

En este momento político es donde se desenvuelve la narración de la vida de Lidia en *Felices días tío Sergio*. La voz narrativa nos permite comprender los cambios que sufre la población como consecuencia histórica; algunos son graduales, pero los más difíciles de digerir sucedieron con radical rapidez para las nuevas generaciones. Tras esta vorágine de información, la vida cambió forzosamente para todos en la familia Solís. Esto se refleja en la técnica narrativa de la novela. Los pensamientos vienen cargados de sentimientos con los que no concuerdan en muchas ocasiones; se atora todo en una espiral que parece infinita para Lidia. Esta voz tiene diferentes tonos y puede interpretarse de diferentes maneras, puesto que tenemos a la narradora omnisciente, a la niña Lidia Solís y a la mujer autora Magali García. Mezcla de ficción y autobiografía en *Felices días tío Sergio* domina una técnica narrativa sencilla, pero dolorosa: la búsqueda de la identidad dentro de un país que transita por su segunda “colonización”.

Es interesante detenernos en el texto en torno a la valorización que la familia proyecta sobre las diferentes influencias culturales en la isla, tanto las estadounidenses como las europeas. La primera generación de la familia conforma el grupo denominado por Lidia “los adultos”; entre ellos se encuentran su madre, su abuela, sus tías y el marginal tío Sergio. Este grupo guarda una relación específica entre sus integrantes, pero una relación secreta y misteriosa con Sergio. Las adultas tratan de homogeneizar las diferencias culturales de la familia y educan a los niños dentro de las categorías binarias de bien y mal que

monopolizaba el nuevo ambiente colonial. Esto provoca una falta de información histórica en la vida de los niños, ya que crecen aislados y encerrados en las creencias familiares. Lidia experimenta durante toda su evolución biológica y mental la interiorización de conceptos opuestos: civilización europea vs. barbarie caribeña, Estados Unidos capitalista vs. Cuba comunista, raza negra vs. raza blanca, catolicismo vs. ateísmo. Esta información es sistematizada por la aculturación de Puerto Rico a EUA, por la imposición de la ciudadanía estadounidense, la cual mantiene una dinámica no excluyente con la identidad cultural puertorriqueña. Lidia narra con lujo de detalles cómo los adultos proyectan en su vida diaria los cambios suscitados en la isla después de la década de 1950:

Del lado del bien estaban la religión católica, apostólica y romana, el Papa, Estados Unidos, los americanos, Eisenhower, Europa, sobre todo los europeos finos, Grace Kelly, la gente preferiblemente blanca, todos los militares, Franco, Evita Perón, la ópera, la zarzuela, todos los productos de España desde las mantillas hasta los chorizos y Sarita Montiel, y absolutamente todo lo germano y suizo, desde el vino del Rin hasta los relojes cucú.

Del lado del mal estaban los comunistas, los ateos, los masones, los protestantes, los nazis, las naciones recién formadas por negros en África, (porque derramaban sangre europea y mataban a hermanitas de la caridad), los nacionalistas e independentistas puertorriqueños [...] (García, 1986: 28).

La autora utiliza la figura del infante que narra –en su transición a la etapa adolescente– como una metáfora que expone la situación colonial de la isla, la imposición de los nuevos rasgos culturales y la persistencia de la sociedad más conservadora de preservar

la esencia de identidad colonizada anteriormente. La categoría de colonial va más allá de lo pertinente al Estado como gobierno, se trata también de la política cultural de la isla y sus habitantes, el estatus de “colonia” no le permite a los adultos de la familia aceptar un cambio de mentalidad, de reconocer nuevas maneras de pensar como las del tío Sergio; no hay un espacio para pensarse a sí mismos. El país se vuelve de un día a otro una entidad fluctuante a la que constantemente hay que definir para comprender:

Quando decían ‘país’, así, se referían a Puerto Rico, aunque nos explicaban a cada momento que no éramos un país, que nuestro país era Estados Unidos. Era algo que se les escapaba y nos confundía mucho, a veces (García, 1986: 92).

Lidia se da cuenta que el país cambió de lugar de una generación a otra, ahora para los niños se tiene que nombrar de manera diferente, se tiene que repensar, por lo tanto ella se cuestiona si habrá que repensar dónde se ubican los ciudadanos tras este cambio político. La reflexión sobre el recurrente problema identitario de la protagonista se extiende fuera de ella, se cuestiona por qué su familia no le ha brindado suficiente información sobre las revueltas independentistas. Durante un periodo casi efímero conoce, gracias a las conversaciones con el tío Sergio, que es el otro lado de la historia de la familia, que la colonización del país no es un signo positivo. La relación de tutorías que el tío mantiene con los sobrinos crea un punto de encuentro con el lector, un puente transitado en todas las páginas; de parte de Lidia la relación se vuelve cada vez más estrecha. El tío representa aquello que nunca apareció en la historia anteriormente y es urgente incorporarlo a la vida diaria.

La protagonista plantea el dilema de que al sabernos ignorantes de nuestro origen, de dónde venimos y por qué estamos en cierto punto de la historia, nos convertimos en seres impotentes ante la falta de información, lo cual es una causa justa para examinar una identidad postcolonial que se ajuste a ellos mismos, a todos aquellos habitantes de un país que fue conquistado consecutivamente.

2. Memoria y permanencia: la influencia del tío Sergio sobre los niños

[...] me di cuenta que necesitaba información que de ninguna manera íbamos a conseguir en esa casa y con esa familia [...] (García, 1986: 85).

En *Felices días tío Sergio* García Ramis presenta el conflicto que tienen los jóvenes que dejan de ser niños: entender que la infancia ha quedado atrás. Aquellos que conscientes miran de frente los cambios sociopolíticos que muchas veces no se pueden comprender son quienes pueden integrar diferentes elementos en una misma identidad. En el caso de Lidia, la identidad cultural puertorriqueña que no necesariamente es la española o la estadounidense. La joven representa este conflicto con un constante reclamo hacia sus mayores:

Era cierto que no sabíamos casi nada de nuestro país, porque ni ellos ni nadie nos lo había enseñado. Vivimos tantos años encerrados tras el cerco agríndice de la casa, donde todo lo heredado era europeo y todo el porvenir era norteamericano, que no podíamos saber quiénes éramos. Pero toda nuestra familia sí sabía. Eran puertorriqueños; aún más que nosotros (García, 1986: 152).

La familia de Lidia, como muchas en la isla, favorece la estadidad y la de-

pendencia a EUA; su rechazo hacia los nacionalistas es explícito y evidente, es el conflicto central con el tío Sergio. Desde los ojos de Lidia, los adultos de su familia se oponen a aquellos que quieren ver libre a la isla (los vecinos), a esos que no comprenden que la dependencia económica y social de la cultura estadounidense necesaria para escalar hacia la cima de la civilización:

Pero a pesar de que no tuvieran cultura, a los americanos había que admirarlos y quererlos más que a nadie, porque eran buenos, habían salvado al mundo del nazismo y ahora estaban en vías de salvarlo del comunismo. Además eran genios de la tecnología y el progreso. La represa que acabábamos de ver la habían diseñado los americanos y algunos puertorriqueños que estudiaron allá, y además Mami constantemente los alababa (García, 1986: 42).

Sin duda, los adultos de la familia buscan a toda costa mejorar la situación económica, racial y social de la tribu Solís siempre mirando hacia el futuro, tratando de olvidar el pasado, limpiando la raza, evitando el mestizaje, sin siquiera un árbol genealógico para perpetuar la memoria. Es fácil ignorar de dónde venimos y hacia dónde vamos. Son los valientes quienes buscan el origen en el olvido. Este fue el legado del tío Sergio para los niños. Como un rayo de esperanza, ante la adversidad de olvidarlo todo, el tío Sergio representa un personaje misterioso: por diferente, por radical, por no tener las verdades categorizadas en binarios como el grupo de adultos. Se comenta poco sobre su pasado, Lidia concluye que se ha exiliado por sus preferencias comunistas y sexuales, vive en Nueva York y es “antiyanquista”. Ante la llegada sorpresiva y sin aviso alguno del tío, Lidia cuestiona su procedencia con Mami, su abuela, pero esta informa-

ción no se le proporciona y al mismo tiempo se le pide que se mantenga alejada de él, de la información nueva, del género masculino, de la voz en contra, que se aleje de la fuente histórica, que no confíe en cuestionamientos sobre la verdad. Los adultos quieren prevenir el cambio de mentalidad en la nueva generación:

Y ahora que estamos hablando del tío les voy a leer la cartilla a los dos. No los quiero molestándolo, ni husmeándole el cuarto, ni haciéndole preguntas sobre lo que ni les va ni les viene a ustedes. Él es un hombre, y a los hombres no se les va detrás preguntándoles qué hacen o qué dejan de hacer.

Era un hombre. Y nosotros, por todo lo que podíamos recordar de nuestras vidas, habíamos vivido siempre entre mujeres [...] (García, 1986: 9).

El conflicto identitario de Lidia va en aumento de acuerdo con su edad. Desde la llegada de Sergio, todo aquello que se había establecido dentro del binario bueno-malo no tiene más validez para los niños. Como menciona Aurea María Sotomayor: Sergio es “muestra del país auténtico forzado a callar [...] él es lo prohibido político, lo prohibido sexual. Es el nacionalista, el trotskista, el inconforme [...]” (Sotomayor, 1993: 319-320). El tío es el sustituto de maestro de historia nacional, es un libro de información que nunca hubo en la sala de la familia Solís, el tutor sobre arte, el que sabe qué ha pasado antes en la historia del país, el ejemplo de humildad y solidaridad. Los niños ven en él los valores morales que no tienen relación directa con la religión católica sino con la fraternidad revolucionaria.

A través de esta figura, la protagonista puede cuestionar todo lo establecido; el género masculino que idolatra por la familia queda desestabilizado por la supuesta homosexualidad de Sergio y



la muestra de sus sentimientos con su llanto por un compañero muerto. De igual modo, los adultos Solís tienen una explícita urgencia por salir de la isla para mejorar su situación económica, mientras que Sergio pide a los niños ser enterrado en ella (a pesar de morir en otra parte). Este personaje siembra en la protagonista la “puertorriqueñidad” que ella buscaba desde la infancia, la hace comprender que puede estar en desacuerdo, le muestra el descontento ante lo establecido. Sergio lleva por dentro lo que podría llamarse patria, lo que la familia Solís oculta a los niños, de lo que quieren desprenderse para adoptar la patria de la ciudadanía, la estadounidense. Estas pautas generan en Lidia una lucha decisiva en busca de una cultura identitaria, algo que dé solidez a su crecimiento espiritual; sin embargo, la familia sigue en desacuerdo con la cercanía de ambos personajes:

Con todo el poder que daba el dinero que mi familia tenía y él no, nos movilizaban a otras esferas lejos del tío Sergio [...]. Pero la influencia que él ya tenía en nosotros, su irreverencia, su mal llamada por mi familia ‘vulgaridad’, su destino al parecer tan ajeno al nuestro, sus cartas mensajeras de dolor, y su olor, sobre todo yo insisto en su olor, lo mantenían arraigado en nuestra cotidiana y pequeña vida de clase media (García, 1986: 80).

Pero la fantasía de Lidia de vivir fuera de la enciclopedia familiar se ve truncada, la repentina partida del tío Sergio es el anticlímax. Sergio no se despide, no hay más información sobre él nuevamente. Lidia sigue creciendo, entra a la pubertad y comienza una vida calificada por ella misma como colonizada: piensa, siente y habla en inglés, hace viajes a Europa, frecuenta los lugares que a la familia Solís le parecen adecuados. Consciente de su situación llega pronto a la prematura adultez, poco a poco

sin la guía adecuada, sin el mentor que resuelva sus dudas, se deja envolver en el ambiente del imperio:

Pero todo era dado, recibido y agradecido en inglés, desde nuestras calificaciones hasta nuestras oraciones, y así aprendimos a sentir y pensar en inglés y alejarnos más y más, algunos para siempre, del español [...]. Yo me zambullí en todo lo que me permitiera escapar de lo que yo era y lo que yo sentía (García, 1986: 138).

La protagonista deja de ser una niña y comienza a reclamar un espacio propio; a través de la madurez de Lidia, García expresa una metáfora: los sujetos colonizados ya no quieren el estatus de subalternos. “¿Por qué no soy lo que supone ni me gusta lo que me debe gustar?” (García, 1986: 142). La ambigüedad de todo lo que tuviera que ver con el tío (su sexualidad, su militancia política, su destino) traza dos líneas paralelas: una con la generación de adultos que siempre quieren vivir en otra realidad, en otro país, en otra civilización, y al mismo tiempo con la identidad cultural de las nuevas generaciones de puertorriqueños, como Lidia, su hermano y su primo que están en constante búsqueda del origen. Pero, la ambigüedad también es el silencio: la historia nunca contada por una familia que ante todo busca el progreso. Niños y adultos que no pueden decidir por sí mismos, es la metáfora de la dinámica que ejerce la potencia sobre la isla, dependencia económica que crea dependencia intelectual.

Los niños de la familia –influidos por Sergio– cuando llegan a la juventud comienzan a desafiar las esferas de la vida familiar, empiezan a pensar en todo lo que se les ocultó anteriormente, no mantienen las mismas ideas que los adultos que representan al siglo anterior. Para comprender exactamente por qué

el tío rompe con lo establecido en la familia Solís, podemos recordar que el discurso patriótico de los habitantes de la isla a mediados del siglo xx (1930-1950) encasillaba a la identidad puertorriqueña en categorías que hoy nos parecen ilógicas: haber nacido en la isla, hablar español, profesar la religión católica, ser tradicionalista y portar alguna herencia hispánica. Sergio no cumplía con esta enumeración. Además de que este discurso excluía radicalmente el elemento de la raza negra, cosa explícita en *Felices días tío Sergio*. La única herencia afroantillana del Caribe no tiene cabida en la realidad inmediata. El mestizaje resultaba fatídico para los Solís. Conservar la estirpe blanca era una de las tareas primordiales y por eso no hay negros integrantes de la familia:

Y nos contaron por ochocientos veces cómo los hijos de blancos y negros no pueden ser felices [...]. Y así por el estilo fuimos interiorizando todas las razones heredadas de siglos atrás de por qué las razas no deberían mezclarse. Todos daban razones distintas y todos estaban de acuerdo con todos. Andrés y Quique aprendieron que cada vez que querían molestar a la familia bastaba amenazar con que casarían con negras cuando fueran grandes” (García, 1986: 113-114).

Vemos una clara representación de una clase económica y social que busca el control absoluto de la situación familiar, valores arraigados que se oponen al cambio, a la reestructura moderna de las instituciones como el matrimonio y la familia. Sin embargo, para las nuevas generaciones de la novela, tras la diáspora puertorriqueña a EUA, ocurre un diálogo abierto con las fronteras raciales, identitarias, nacionales y lingüísticas. Podemos también rastrear en la novela que un gran porcentaje de los puertorriqueños después de la creación del Estado Libre Asociado han

nacido y crecido en EUA, utilizando el inglés como lengua dominante, algunos convirtiéndose al protestantismo, mezclándose étnica y racialmente con otros grupos no-hispanicos y no blancos, lo cual nos habla de una brecha generacional donde es muy probable que la nueva generación olvide el origen que nunca se le enseñó:

Nos criaron bien tío, nos criaron, pensaba yo, muy bien. Junto con ‘Uncle Tom’s Cabin’ vino una explicación de los derechos civiles y del racismo en Estados Unidos [...] (García, 1986: 138).

En este sentido, el texto nos permite entrar a las discusiones más recientes sobre la identidad cultural de Puerto Rico. De acuerdo con Jorge Duany la construcción de la identidad cultural de la isla involucra una profunda ideología “agrietada entre la ciudadanía y la nacionalidad. Esto conlleva la constante transgresión de fronteras territoriales, lingüísticas y étnicas [...]” (Duany, 2002: 18). Este es el caso de la protagonista/narradora, quien nace y crece en un momento diferente al de sus antepasados, quienes tras la adopción del Estado Libre Asociado buscan ante todo la asimilación con la cultura dominante.

Lidia mantiene un carácter bastante pasivo en la novela; hasta muy avanzado el texto, en forma de epístola, mantiene un reclamo con Sergio; comenta su necesidad dolorosa de pertenecer a algo. Vemos la desesperación de García Ramis contra la dinámica gubernamental, contra todo lo absurdo que representaba la partida repentina de Sergio, la dependencia intelectual de los niños queda expuesta sin posible guía futura, la narración tiene un aire derrotista: “Me molestó este calor, este pueblo, esta Isla [...] este sentimiento de pequeñez” (García, 1986: 142). Todo se agrava cuando la bandera de Puerto Rico no

aparece en el diccionario donde Lidia la busca. ¿Dónde quedan los sujetos si la Isla desaparece como país? ¿Dónde están si el país ya había cambiado dos veces de lugar? Viene entonces la valorización negativa y la reflexión personal a partir de las enseñanzas independentistas del tío:

[...] la nuestra no aparece porque no somos nada, ni país, ni colonia, ni mancomunidad como los británicos ni nada, no existimos. Somos una mierda y yo no quiero ser de aquí, pensé (García, 1986: 143).

Sin embargo, el elemento contradictorio era de esperarse porque la protagonista absorbió características de la escuela inglesa a la que es obligada a asistir, poco a poco se fue “civilizando” sin siquiera entender qué era ser una colonizada y se adaptó al nuevo sistema de vida de la isla. Estamos frente a una identidad fluctuante que va y viene dependiendo de las circunstancias, que es compleja y se contradice a ella misma. Pensemos en cómo se conduce un automóvil: no se tiene claro el pasado, pero puede indagarse porque está escrito; el presente es algo que se puede manejar, pero el futuro es lo incierto. Lidia aprende a manejar y así García ejemplifica la metáfora: “Yo nunca pude aprender bien porque solo podía llevar el carro en línea recta cuando iba hacia atrás. Cuando guiaba hacia el frente, el adorno en la punta del bonete me confundía y perdía el sentido de la dirección” (García, 1986: 129) ¿A dónde ir sin una dirección que sirva de guía, si la dirección en la que confiabas te abandona súbitamente?

Conclusiones: ¿Seremos felices tío Sergio?

No es fortuito el título que García Ramis da a esta novela. El tan cotidiano

hecho de ser feliz se torna en una pregunta perpetua para la protagonista puertorriqueña: ¿Podrá alcanzarse la felicidad como estado de ánimo permanente si nunca se está satisfecho con su historia personal? La novela es una constante búsqueda identitaria que, al tener un resultado insatisfactorio, forma parte del tema recurrente en la narrativa de culturas que por diferentes cuestiones han sido asimiladas dentro de otras que dominan.

A manera de conclusión, vemos que la situación sociopolítica del país cambia la memoria familiar, el rumbo de la vida, que de una generación a otra se encuentra ya relacionada con la identidad estadounidense. En esta novela el grupo de adultos representa una severa dependencia económica que muchas veces no es cuestionada en pos de una dependencia cultural. Mientras que una familia busca mejorar su situación económica, la situación colonial puede orillarla a dejar de lado el pasado.

Gracias a Lidia este texto cuestiona las demarcaciones establecidas, las comunes estructuras familiares se abren a un diálogo generacional: identidades sexuales, preferencias políticas, lengua materna, estatus socioeconómico y distancia entre parientes. Por último, la patria mantiene una relación compleja con el corazón de la familia siendo el integrante marginal quien explica que no equivale necesariamente a una ciudadanía o a una ubicación territorial.

A pesar del tono de descontento y frustración durante la trama, nada en la novela nos da muestra de un arrebato contra el origen. Es hasta el episodio final cuando vemos la acción inversa. La familia se muda de la casa antigua. Cuando Lidia es adolescente regresa a ver el edificio semi destruido. Parada frente al pasado derruido, la voz narrativa confiesa el origen, lo que nunca se delineó, lo que nunca se contó ni se entendió o tal vez nunca se cuestionó.



El espacio de la casa marca el antes o el después, todo lo que pasó dentro de ella y toda la información que se tuvo que buscar afuera.

Se podría pensar que los días felices no regresarán para Lidia porque en el presente, cuando se tiene un conocimiento “civilizado”, bilingüe y colonizado, la felicidad parece más un

tesoro lejano, un baúl enterrado en las profundidades del mar de los consejos de la familia Solís. Sin embargo, no todo tiene este tono, el último mensaje de la novela, tras el cuestionamiento, es también propuesta: la pertenencia propone dejar atrás estructuras estáticas, pertenecer a la isla implica también abrir un diálogo con generaciones

futuras. Implica comprender que ser ciudadano estadounidense nunca será un impedimento para ser puertorriqueño. Ambas categorías pueden convivir sin necesariamente excluirse una de la otra. Con este texto García Ramis nos invita sobre todo a no dejar en el olvido las tradiciones nacionales y la cultura familiar.




Bibliografía

Duany, J. (2002). *The Puerto Rican Nation on the Move. Identities on the Island and in the United States*. University of North Carolina Press, Chapel Hill.

García Ramis, M. (1986). *Felices días tío Sergio*. Editorial Antillana, Río Piedras.


Maldonado-Denis, M. (1987). *Puerto Rico. Una interpretación histórico social*. Siglo XXI.

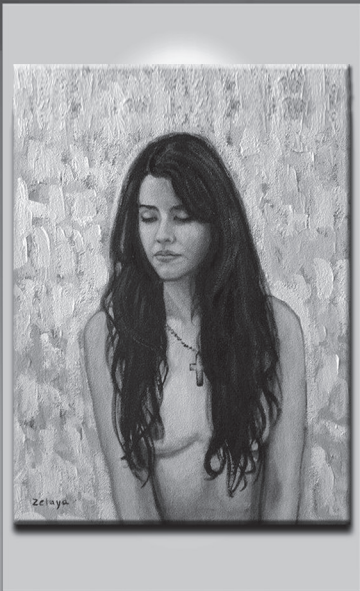
Sotomayor, A. M. (1993). “Si un nombre convoca un mundo[...] *Felices días tío Sergio* en la narrativa puertorriqueña contemporánea”, *Revista Iberoamericana*. Vol. 59, Núm. 162-163.



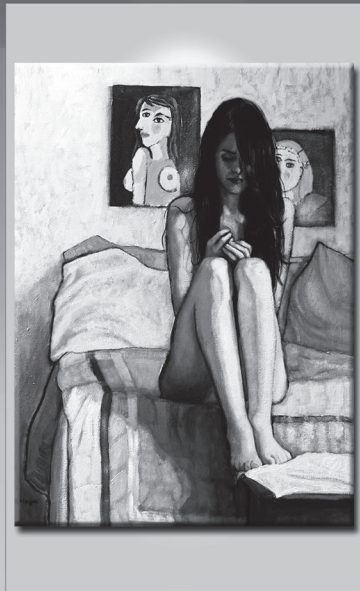
Andrea Zelaya Freyman

Paisajes y desnudos






Título: pilar
Soporte: lienzo
Técnica: acrílico



Título: estudiante de arte
Soporte: lienzo
Técnica: acrílico



Título: retrato de mi hermana
Soporte: madera
Técnica: acrílico

Representaciones retóricas